



Jeremy Rifkin

*“El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era”.*

Título original: “The end of work. The decline of the global labor force and the dawn of the post-market era”, 1995.

Trad. Guillermo Sánchez. Editorial Paidós, España, 1997.

El padre de la cibernética, Norbert Wiener, manifestaba que “La máquina automática... es justo el equivalente económico del trabajo con esclavos. Cualquier forma de trabajo que compita con él deberá aceptar las consecuencias económicas del trabajo de esclavos”; Jeremy Rifkin, en “El fin del trabajo” nos presenta una documentada investigación, en que revisa los efectos que la incorporación de la tecnología ha ocasionado en el mercado laboral y los que han de producirse en el futuro inmediato.

A título de prevención, cabe consignar desde ya que el autor fundamenta su tesis en la situación en los Estados Unidos, cuyo proceso de industrialización e incorporación a la “sociedad de la información” presenta ciertamente características peculiares; con todo, hacia el final de su análisis, procura extender sus consideraciones y resultados hacia el resto del mundo, donde el creciente desempleo es un hecho igualmente imputable a la introducción de las nuevas tecnologías.

En efecto, remontándose a la máquina a vapor y con ello a la primera revolución industrial, Rifkin describe los efectos ocasionados por la mecanización de la agricultura, que privó de fuentes de trabajo en el sector primario, obligando a la población a desplazarse hacia los centros urbanos en búsqueda de mejores horizontes. Parte de la oleada migratoria fue absorbida por el sector secundario, cuyos progresos son notables a partir de la introducción de la electricidad y el petróleo en los procesos productivos; no obstante, esta segunda revolución

industrial, merced a las contribuciones de la gestión empresarial científica de Taylor y la cadena de montaje de Ford, genera las condiciones para prescindir de puestos de empleo, los cuales pasan a ser proporcionados por el emergente sector terciario o de servicios.

Sin embargo, prosigue Rifkin, la creciente aplicación de las nuevas tecnologías en la empresa, particularmente de la informática y las telecomunicaciones, aún cuando da lugar a la generación de nuevos empleos calificados para los "analistas simbólicos y profesionales del conocimiento", conduce a una destrucción de nuevos y más puestos de trabajo en todas las áreas laborales, sin que se desarrolle sector "significativo" alguno capaz de absorber a millones de asalariados despedidos. Mientras la primera y la segunda revolución industrial representaron la sustitución de máquinas por energías físicas, en esta tercera revolución industrial las nuevas tecnologías prometen la sustitución del software a la propia mente humana y más aún el vertiginoso progreso de la automatización dirige la economía global hacia un diseño industrial sin trabajadores.

La extensión de la "reingeniería" en la empresa, con la consiguiente reestructuración de sus organizaciones para adaptarla a la inclusión de las nuevas tecnologías en el proceso económico—la informática, las telecomunicaciones, la robótica, la biotecnología, las redes electrónicas integradas—, elimina puestos tradicionales de dirección y mandos intermedios, promueve la configuración de equipos de trabajo multiespecializados, acorta y simplifica los procesos de producción y de distribución, y perfecciona los procesos administrativos.

Entretanto, el papel del Estado disminuye en importancia, siendo desplazado por las transnacionales, y el sector público progresivamente apunta a su reducción, mediante la disminución de sus operarios y la automatización de sus servicios, con lo cual merma su capacidad como patrón de último recurso.

¿Qué depara el futuro a la sociedad tecnológica?

Escasa fe manifiesta Rifkin en un futuro "tecnoparaiso" construido sobre el entendido de que la capacidad de empleo históricamente se amplía: ... que la incorporación de tecnología en el proceso de producción incrementa la productividad, que ello determina una disminución en los costes y un incremento en la demanda, lo que exige mayor productividad y con ello generación de nuevos puestos de trabajo.

Sostiene Rifkin que, en lo sucesivo, ni el mercado ni el sector público estarán en condiciones de rescatar a la economía del creciente desempleo tecnológico y de una demanda debilitada; sus logros no serán sino marginales.

La utopía del "tecnoparaiso" ha sido puesta a prueba y no ha resultado tal, quienes la sostienen desconocen el efecto multiplicador de las nuevas tecnologías aplicadas al proceso productivo, las cortapisas de una economía globalizada y el caudal de evidencia histórica que el mismo autor se encarga de suministrarlos. Al respecto, particularmente ilustrativos son los efectos que la automatización ha generado en la población afroamericana durante el siglo recién pasado, que devino de un estado histórico de opresión a uno de irrelevancia para el sistema económico.

Mas, Rifkin retrocede en el tiempo y se remonta a la mecanización de la agricultura y los aportes de la biotecnología, la automatización de la producción manufactura y la sustitución de los trabajadores de cuello azul, la oficina electrónica y el fin de la trayectoria profesional de los trabajadores de cuello blanco y rosa, las condiciones de salud mental de los trabajadores de cuello de silicio, la producción *just in time* o sin inventario y los efectos de la reingeniería empresarial, el "desempleo tecnológico" de Keynes. Aun cuando brevemente, el autor considera igualmente las consecuencias del desarrollo tecnológico para los países del tercer mundo.

Si la empresa ha supuesto desde siempre control sobre el proceso productivo y el rol que en el mismo compete a los trabajadores, el diseño postfordista de la nueva revolución tecnológica va más allá, sostiene Rifkin, generando nuevas prácticas coercitivas y de sutil intimidación para someter a los trabajadores a la producción. Las empresas se convierten en "instituciones completas", o bien en una institución total, según la microsociología de Goffman.

Estima Rifkin que la nueva revolución tecnológica puede terminar por acelerar las tensiones sociales, conduciendo hacia la desintegración social con una polarización entre los trabajadores del conocimiento, directivos y empresarios contra un creciente número de trabajadores desempleados, marginados u ocupando precarios puestos de trabajo en la nueva economía global basada en la tecnología de punta.

La solución que Rifkin enarbola frente a los desafíos de la nueva "era postmercado", importa una reestructuración de las relaciones basadas en el potenciamiento de la participación comunitaria y local, mediante la transferencia de ganancias desde el mercado al "tercer sector".

Una economía social que creará nuevos empleos, absorbiendo la desocupación ocasionada por el mercado y el propio Estado, a través del desarrollo de acciones tendientes a satisfacer necesidades de la comunidad, a la vez que evitando la fragmentación social, con el consiguiente riesgo aparejado para la estabilidad política.

El financiamiento de la economía social provendría de diversas fuentes: la modificación del sistema impositivo, desde un gravamen a los ingresos hacia un gravamen al consumo, particularmente tratándose de productos de alta tecnología; el aporte de los privados, fomen-

tado mediante incentivos y exenciones tributarias; deducciones fiscales como contrapartida de trabajos de voluntariado en organizaciones legalmente certificadas; contribuciones estatales provenientes de recortes presupuestarios en defensa, eliminación de subsidios a empresas multinacionales y reducción de dotación de personal burocrático.

La obra de Rifkin ha sido calificada de apocalíptica y terrorífica; sin embargo, la visión que nos suministran sus detractores respecto de los efectos que la incorporación de las nuevas tecnologías ha producido y producirá en el mercado laboral, salvo algunos giros menores, dista escasamente de la proporcionada en “El fin del trabajo”.

Las categorías de Rifkin se tornan a ratos volubles, así sus trabajadores con cuello de silicio, con que se refiere aquellos asociados a la empresa de la información y el conocimiento, devienen a “cuello de silicona”. Sin embargo, más equívoco resulta su “tercer sector”, expresión con que alude indistintamente al sector de servicios, por oposición a las actividades extractivas y de manufactura, como a la economía social, alternativa al mercado y a la estatal.

Del mismo modo, merece considerarse que la misma vitalidad y valores que Rifkin atribuye al tejido social y que le conducen a cifrar sus esperanzas en él, las vea menguar en términos tales que incrementen la criminalidad y aún amenacen la estabilidad política, de persistir el statu quo. Huele a ratos en su concepción criminológica un retroceso hasta antes de la obra de Sutherland, de quien es depositario a la hora de calificar de “cuello blanco” y otros variopintos a la fuerza de trabajo.

Por otro lado, sin llegar a menoscabar la lucidez de la obra, en el evento de proyectar las soluciones ofrecidas por Rifkin ante el progreso de las nuevas tecnologías, cabe la duda si ellas sean aplicables a países tercermundistas, más retrasados en sus capacidades e infraestructura para hacer frente a la globalización económica, donde los programas asistenciales del Estado, después de todo, no tienen una cobertura sino meramente marginal.